

Eduardo Meissner

y su mito

A propósito de una retrospectiva (1953-1996)

ANAMARIA MAACK*

En la Casa del Arte de la Universidad de Concepción exhibió Eduardo Meissner Grebe, durante el mes de octubre, una muestra retrospectiva que abarcó cuarenta años de su producción plástica. La colección incluía unas 150 obras –entre pinturas, grabados y algunos dibujos– que fueron repartidas en las dos salas del primer piso y en el subterráneo de la Pinacoteca. El conjunto ofrecía al espectador la oportunidad única de apreciar no sólo el volumen de su creación artística, sino, además, las variadas técnicas que ha utilizado en su hacer artístico. Permitió, también, un acercamiento hacia su particular modalidad de concebir sus pinturas en ciclos temáticos.

En la primera sala ubicó sus pinturas de los años 50 y 60, desde las más tempranas (1953-1954) con “El camino rojo”, hasta telas más recientes. Incluyó dibujos de indios altiplánicos realizados en 1953 y 1954, dibujos a pincel con paisajes de Laraquete (1967) y otras obras que constituyen el preámbulo hacia los temas mayores que luego comenzaría a ordenar en series que inicia con su ciclo de los Laberintos (1967-1973). En este espacio exhibió también sus cromoxilografías a la manera japonesa (1960-1967); sus opus de los Jardines (1976-1982) con referencias orientalistas, lecturas de Hesse, lugares como Montagnola y la mitología grecorromana; su

* ANAMARÍA MAACK: Periodista. Crítica de Arte. Universidad del Bío-Bío, Concepción, Chile.

colección sobre “La invasión de las termitas” (1981-1995) que viene a ser una aproximación plástica de la fecundación, con sus etapas de vida, pasión y muerte plenos de sensualidad y erotismo epitelial vegetal como pretexto; sus “Variaciones en Girasol mayor” (1988), y sus “Arcimboldianas” (1989).

A esa enorme selección se sumaron, en la segunda sala de la Casa del Arte, sus obras más recientes (1993-1996). Reaparece en ellas el tema de los jardines, donde persiste su sesgo sensual, aunque más marcado ahora en evidencias formales y un tanto moderado en la tonalidad colorística. La fertilidad y la fertilización continúan en la mira del pintor, motivos que son plasmados en semillas proyectadas o succionadas o dispersas que dan paso, en secuencias de trípticos, a procesos de germinación, floración, maduración y muerte. Eros y Tanatos nuevamente se conjugan en el ciclo vital, desde la concepción vegetal hasta su pudrición o retorno a la tierra. La semilla construye la Torre de Babel para acabar en el humus. El eterno retorno de los procesos cíclicos repetidos en la naturaleza, condensados en la forma circular que encierra el secreto de su continuidad a través del tiempo y del espacio.

Es la circularidad misteriosa y mágica desde la cual el artista concibe una estructura, ya sea que la descubre o que la inventa, para ordenar tiempo y espacio en torno a origen y destino del pulso vital presentido en la figura geométrica: la esfera. Espacio, al fin, donde transcurren principio y fin de la existencia.

También vuelve a sus telas el concepto laberíntico. Se expresa ahora en la espesura del tejido vegetal, donde abre paréntesis para suspender los símbolos de su reflexión plástica y existencial: la semilla, la copa o grial, el negro profundo de la nada o del espacio infinito. La esfera palpitante siempre, o el silencio rotundo. En esta etapa aparecen también sus homenajes a Van Gogh y Cézanne, el “Espantacuervos”, enormes trípticos donde determinados símbolos aluden a la anécdota cultural, conservando la fuerza del misterio que los envuelve y que confieren al conjunto una atmósfera de poesía y encanto.

La novedad en esta sala la constituyen cuatro grandes acrílicos trabajados en 1995. Su “Homenaje a Cézanne” –uno de ellos– como alusión al arte que descubre la abstracción geométrica en la naturaleza. En “Arcimboldiana” es el juego de las transformaciones formales y cambios de sentido lo citado. “La ventolera” reafirma procesos de desconstrucción y en “El jardín de senderos

que se bifurcan” se sintetizan todos los fenómenos que lo ocupan, en un hermoso tapiz de tres cuerpos donde el espectador se ve envuelto por la copiosa vegetación y la energía de los rojos que le confieren al conjunto una atmósfera de sensual recogimiento místico.

Anuncia, esta serie, un nuevo opus pictórico: “Los jardines de Blossfeldt”. La provocación de pétalos desplegados y recogidos y lo vital erótico que cautivaba en sus telas anteriores, de paso ahora a una veta racional constructivista. Los elementos estructurales conducen a una materialidad casi volumétrica. Casi arquitectónica. Como perfiles urbanos en ordenamientos que se revelan desde la cosmogonía vegetal y conducen hacia arabescos, torres, abanicos y alas donde la reflexión parte de asociaciones siempre del mundo vegetal y sus disímiles combinaciones formales.

Resultó de especial interés esa proyección futura de su visión plástica renovada en esencia. Muy distinta a los grabados expuestos en el subterráneo del recinto universitario, con creaciones que datan de los años 1960 a 1967. Junto a los temas primeros, con la figura humana incluso, inserta en poblaciones marginales y paisajes regionales, surgían ya entonces, entre construcciones y aves, los vegetales vertidos al papel en una óptica distinta. Su mirada, en ese momento, se detenía en el análisis de la materialidad externa de texturas y ramajes o nervaturas. Esas observaciones fueron atrapando la atención del artista hasta centrarla definitivamente en el detalle de su esencia, desde donde comenzó a orquestar Eduardo Meissner su gran sinfonía de colores y formas sobre la dinámica de lo orgánico vital. Para explicarse cómo en ella se le revela el palpito de la vida toda. Para expresar en un complejo despliegue plástico, aquellas extrañas alquimias que adivina y lo sorprenden cada vez que las observa.

La retrospectiva resumía el sueño que Eduardo Meissner Grebe comenzó a soñar tal vez en el vientre materno—su madre es la pianista Laura Grebe, el padre, el odontólogo y académico Erico Meissner—, o sea, desde antes de aquel 9 de julio de 1932, cuando iniciaba—con su hermano mellizo Carlos—la aventura de esta existencia terrena. Su mito nació aquel día. Cuando las estrellas se dispusieron a procurarle una constelación favorable, lanzándole el frágil hilo de la imaginación, que él cogió gozoso. Con él fraguó su historia. El cuento del “camino rojo” por donde transitaría aferrado a la madeja, inventándose día a día para no zozobrar en el tedio de la rutina. Esclavo, desde el año doce, de la insulina diaria, tratando de superar la dependencia química con la fortaleza del espíritu, la conciencia siempre

alerta y el intelecto actualizado. Su juego no admitía repeticiones. Ni mucho menos claudicar. Por eso diversificó el campo de sus intereses, afinó su sentido del humor y se nutrió de cuanto pudo entregarle el saber histórico y reciente de la humanidad. Rastreó las fuentes para explorar lo que necesitaba y juntar poco a poco las piezas que le permitirían construir el singular puzzle de su vida.

Porque no sólo se dedicó con pasión y éxito a la Odontología, profesión en la que sobresale ejerciendo la docencia por años en la Escuela Dental de la Universidad de Concepción. En este campo destaca, gracias a una beca otorgada por el Servicio de Intercambio Académico Alemán (DAAD), con un doctorado sobre la aplicación de sus investigaciones a la rehabilitación ocular, tema en el que ya había trabajado para obtener su título de cirujano dentista, donde elaboró una tesis sobre Prótesis Ocular.

Su larga experiencia docente se concreta también en los Departamentos de Artes Plásticas de la Universidad de Concepción –donde ayuda a estructurar las asignaturas de Gráfica, Diseño y Composición bi y tridimensional, Arte del Siglo XX, Estética y Semiótica– y en la Facultad de Arquitectura, Construcción y Diseño de la Universidad del Bío-Bío, donde elabora su concepción de Arte y Arquitectura como lenguaje, a través de la teoría del signo. Sus estudios e investigaciones al respecto, complementados con su experiencia personal y sus contactos con eminentes teóricos como Sven Hesselgren (Suecia), Max Bense (Alemania), Abraham Moles (Francia), entre otros, los resume en dos libros, uno de los cuales es editado por la Universidad del Bío-Bío, *La configuración espacial* tomos 1 y 2, y el segundo, por publicar, *Proposición para un modelo de análisis semiótico de la arquitectura*, en colaboración con los docentes Ernesto Vilches y Víctor Lobos del Fierro. Sus planteamientos teóricos han sido editados, además, en revistas, diarios y diversas publicaciones de las universidades de Concepción y del Bío-Bío, como en otras del país y del extranjero.

A su larga y diversificada trayectoria se deben los múltiples reconocimientos públicos a su obra. Entre ellos, el Premio Municipal de Arte y su nominación como Miembro Correspondiente de la Academia de Bellas Artes del Instituto de Chile.

Eduardo Meissner alimenta, hasta el día de hoy, su propio mito. Siempre dispuesto a burlar sus propias causas, a desconstruir su propio mito, a fomentar el juego de las apariencias en torno a sí mismo y a su relación con los demás. Actor principal de su ficción, asume su protagonismo según la

circunstancia y los dictados de sus humores creativos. En la ciencia como en el arte. También cuando escribe sus cuentos y novelas, prolongaciones de ese mito, rigurosamente cultivado por él para que no suceda que lo sorprendan algún día sin saber dónde empieza y dónde termina esa ficción suya de sentirse descendiente de los Atlantes...

Lo demás que habría que agregar, lo dirá con meridiana claridad su autobiografía en "Meissner 1953-1996", el catálogo de la muestra retrospectiva.

ENTREVISTA